

rarse á Pisco, cubiertos por las sombras de la noche que ocultaban su vergüenza, y que como era de luna, debía alumbrar con pálida luz su ignominiosa derrota. Llevaba la cabeza de la división independiente en retirada, una vanguardia de tres compañías de cazadores. Al llegar á la altura del callejón de la Macacona, la infantería española situada tras de los cercos, emboscada y dueña de las alturas de la izquierda (sud del camino), rompió el fuego. Las tres compañías desaparecieron antes que se disipase el humo, esparciendo el pánico en la columna. El número 2 de Chile, mandado por Aldunate, quiso sostener el combate, pero acosado por los fuegos de flanco y atacado por la caballería que cerraba el camino, hubo de ceder. Desde este momento todo fué desorden y confusión. En menos de una hora, la división de Ica al mando de Tristán quedó destruída. No fué una batalla: fué una dispersión vergonzosa. Á las tres de la mañana (7 de abril de 1821) el campo estaba sembrado de cadáveres de los derrotados, y los realistas eran dueños de 1,000 prisioneros, entre ellos 50 jefes y oficiales, 2 banderas, 4 piezas de artillería, 2,000 fusiles, todas las cajas de guerra, y hasta de la imprenta propagadora de las ideas revolucionarias. Un escuadrón de lanceros del Perú, que venía en marcha por tierra á reforzar á Tristán, fué sorprendido y deshecho al día siguiente en Chunchonga (8 de abril) dejando en poder del enemigo 80 prisioneros y en el campo 50 muertos. Los oficiales del batallón Numancia que cayeron prisioneros, fueron quintados y fusilados por Canterac, con violación del compromiso celebrado por los beligerantes para la regularización de la guerra (en 25 de noviembre de 1820). Á consecuencia de estas derrotas, las partidas volantes de guerrilleros que se habían comprometido en la cordillera para cooperar á las imaginarias hostilidades de la división situada en Ica, fueron destruídas casi en su totalidad, fusilándose como bandoleros á los prisioneros. Después de esto, los realistas triunfantes y

cargados de trofeos, se replegaron á sus posiciones de la sierra.

Sometidos á un consejo de guerra Tristán y Gamarra, quedó evidenciado, que el desastre era exclusivamente el resultado de la ineptitud y de la cobardía, y que el responsable era el Protector del Perú, director de la guerra, que concertara tan mal sus planes y fiara á manos tan incompetentes como flojas, las armas y la bandera de la revolución (12).

VI

La derrota de Ica, aunque severa, no decidía nada. Casi simultáneamente (mayo de 1822), las armas unidas de Colombia, Perú, Chile y República Argentina, triunfaban en Quito y terminaban la guerra del norte de la América meridional, según se relatará después. La guerra en el Perú, permanecía balanceada.

San Martín, poco después de despachar la expedición de Ica, embarcóse en el Callao á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). En Huanchaco tuvo noticia de que el Libertador, ocupado en terminar la guerra de Quito, no bajaría por entonces á Guayaquil, y regresó á Lima (3 de marzo), pero no asumió el mando político, ocupándose exclusivamente de la guerra. En esta situación indecisa le encontró el suceso de Ica, que trastornaba sus planes. Había anunciado á la América, que él y Bolívar eran los responsables de la estabilidad de sus destinos, fijando la

(12) Véase las confesiones de Tristán y Gamarra en el proceso que se les formó, insertas en el Apéndice núm. 6 de la « Hist. del Perú Indep. » por Paz Soldán.

victoria, y el libertador del sud no podía presentarse ante el del norte con un poder amenguado, sin un plan hecho así en el orden político como en el militar y sin medios para concurrir eficientemente á su realización. Era necesario ante todo consolidar su propia base de poder, para responder á la expectativa que él mismo había creado, y de que todos estaban pendientes. Todos sus actos indican que así lo comprendió. Sin desanimarse por el severo revés sufrido, encaró con serenidad su situación: dió nuevo temple á los resortes de su máquina guerrera, redobló su actividad administrativa, dictó medidas más acertadas, y en poco tiempo todo el mal estaba reparado hasta donde era posible.

En el fondo de todo esto, había un pensamiento secreto; pensaba retirarse de la escena americana, pero no quería hacerlo sin dejar llenada su tarea. Asegurado el triunfo de la emancipación americana, quería dejar garantida la suerte del Perú, con medios propios para sostener la guerra y consolidar su orden interno, mientras le venían los auxilios que buscaba para terminarla de un solo golpe, y en seguida, eliminarse para facilitar este resultado, una vez organizados los elementos y encaminadas las cosas en ese sentido. Este pensamiento lo reveló públicamente por la primera vez al tiempo de anunciar la derrota y augurar el triunfo próximo. Al delegado le comunicó que « resolvía reasumir en su persona » la suprema autoridad militar, dejándole en ejercicio del » poder civil, por el tiempo que permaneciese en el territorio, » con el exclusivo objeto de dar dirección á las operaciones » de la guerra que debían acelerar su terminación, mientras » alguna importante atención no lo llamase fuera de los límites » del Perú por mar ó por tierra » (13). Al ejército le decía:

(13) Ofi. de San Martín al delegado Torre-Tagle, de 10 de abril de 1822. (Arch. San Martín, vol. LVI) M. S.

« Vuestros hermanos de la división del sud han sido desper- » sados. Á vosotros toca vengar el ultraje. Afilad vuestras » bayonetas. La campaña del Perú debe terminarse este » año » (14). Al pueblo le hablaba este lenguaje: « En una » larga campaña no todo puede ser prosperidad. No intento » buscar consuelo en los mismos contrastes, pero me atrevo » á asegurar que el imperio de los españoles terminará en el » Perú el año 22. Voy á haceros una confesión ingenua: » pensaba retirarme á buscar un reposo después de tantos » años de agitación, porque creía asegurada vuestra inde- » pendencia. Ahora asoma algún peligro, y mientras haya la » menor apariencia de él no me separaré de vosotros hasta » veros libre » (15).

Antes de cumplirse dos meses del contraste de Ica, pasaba revista en el campo de San Borja á inmediaciones de Lima, á un ejército peruano-argentino-chileno perfectamente equipado, compuesto de 8 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería y 20 piezas de artillería, anunciándole que la campaña iba á abrirse (4 de junio de 1822). Su plan era atacar de frente á los realistas con este ejército por puertos intermedios, con la cooperación de Chile, mientras otro ejército de igual número á órdenes de Arepales se organizaba para invadir la sierra central y tomarlos por el flanco, contando para el efecto con las tropas que tenía en Quito y el auxilio que esperaba de Colombia. Al efecto, estaban listos en el Callao diez trasportes convoyados por dos buques de guerra peruanos. Confirmando estas promesas y esperanzas, Bolívar le escribía: « Colombia desea prestar los más fuertes auxilios » al gobierno del Perú, si ya las armas gloriosas del sud de » América no han terminado gloriosamente la campaña que

(14) Proclama de 11 de abril de 1822, hoja suelta.

(15) Proclama « Á los limeños ». Gaz. del Gob. núm. 30 de 13 de abril de 1822.

» iba á abrirse en la presente estación » (16). San Martín le escribía á su vez : « El Perú es el único campo de batalla » que queda en América. En él deben reunirse los que quieren obtener el honor del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente » (17). Este, acuerdo, más aparente que real, había sido precedido por un tratado firmado en Lima (6 de julio de 1822), entre el enviado del libertador don Joaquín Mosquera y el gobierno del Perú, por el cual se convino en « una liga de unión y confederación de paz y guerra, para poner prontamente término á la » lucha americana con todos los recursos de fuerzas marítimas y terrestres de ambas partes, á fin de alcanzar la independencia y garantirla mutuamente ». Empero, este tratado concebido en términos generales, dependía de otros acuerdos particulares, y ratificado por el gobierno del Perú no lo fué por el de Colombia hasta el año siguiente (18).

El Protector, buscando puntos de apoyo en todas partes, procuró fortalecer su relajada alianza con Chile. Al efecto, acreditó cerca de su gobierno un ministro diplomático con instrucciones para proceder de acuerdo con el enviado de Colombia y obtener auxilios de tropas y víveres, para la expedición á puertos intermedios que preparaba. O'Higgins se prestó con gran decisión, aunque por el momento no se formulase ningún acuerdo (19).

(16) Carta de Bolívar á San Martín de 17 de junio de 1822.

(17) Carta de San Martín á Bolívar de 13 de julio de 1822.

(18) « Col. gral. de los Tratados celebrados por Colombia y Venezuela », pág. 12 y sig.

(19) Cartas de O'Higgins á San Martín de 4 y 11 de julio, en que dice : « Los víveres para 2,500 hombres y cuanto yo tenga, están á su disposición. — Acabo de pedir una noticia para formar un escuadrón de caballería, y lo mandaré con sus correspondientes oficiales, armas y vestuario. Cuento de todos modos con los víveres por seis meses. — Hubiera dispuesto el embarque de un batallón si alguno de los que se hallan en esta capital mereciera este nombre ». M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

Al mismo tiempo despachó un comisionado á las provincias argentinas, con una circular para todos sus gobernadores, solicitando su concurso para organizar una división de 500 hombres por lo menos, que amagase el Alto Perú por la frontera de Jujuy en combinación con el guerrillero Lanza y el ejército que debía invadir por puertos intermedios en el Bajo Perú. Encomendó la organización y mando de esta columna al coronel José María Pérez de Urdininea (alto-peruano) á la sazón gobernador de San Juan. En las instrucciones al comisionado le prevenía : « Procurará por todos medios hacer » presente á los respectivos gobiernos el interés general que » va á reportar á todas las Provincias Unidas de una cooperación activa sobre el Alto Perú para obrar de acuerdo con » el ejército que va á desembarcar en Puertos intermedios, » á fin de abrir su comunicación con aquéllas. Por este medio la campaña debe terminar en el presente año. » Á Urdininea le escribía : « La campaña es segura, si V. me ayuda » con sólo 300 hombres de la provincia de Cuyo. Una división de 4,500 hombres de mi ejército debe embarcarse » para Puertos intermedios al mando del general Rudecindo » Alvarado. Espero los mejores resultados. La patria así lo » exige y el honor de nuestras armas lo reclama. La cooperación de todas esas fuerzas con las de Tucumán, Salta y » Santiago del Estero á las de Alvarado, va á decidir de la » suerte de la América del Sud » (20).

Era, como se ve, una coalición de las cuatro repúblicas americanas entonces existentes, con un plan combinado sobre la base de los ejércitos del Perú y de Colombia, con la cooperación de Chile por el Pacífico y la de las provincias argenti-

(20) Correspondencia oficial sobre la comisión encomendada al comandante Antonio Gutiérrez Lafuente y coronel Urdininea en las provincias argentinas. Años 1822-1823. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

nas por su frontera norte. Á haberse entonces ejecutado este plan, que Bolívar juzgó admirable, con el auxilio eficiente de las fuerzas colombianas, es posible que la guerra americana hubiese terminado el año de 1823, aun cuando la combinación no era tan segura como lo pensaba San Martín, y tenía algo de ilusoria. Los hechos nada prueban por sí solos cuando no se relacionan con sus causas y efectos racionales; pero ellos muestran en definitiva, que el problema de la guerra estaba en la sierra central del Perú, y no en puertos intermedios. Ya llegará la ocasión de examinar el plan de San Martín puesto á prueba.

VII

San Martín tenía siempre dos cuerdas en su arco: una visible y otra oculta. Por una tendencia de su naturaleza compleja, — positiva y de pasión reconcentrada, — á la vez que todas sus ideas se traducían en acciones, se entregaba á elucubraciones solitarias, dando gran importancia á los manejos misteriosos. Su organización de la Logia de Lautaro, su plan de guerra de zapa antes de atravesar los Andes, sus trabajos secretos para preparar la revolución del Perú, sus tentativas de pacificación con los realistas haciendo intervenir las influencias de la masonería, y por último, sus planes secretos de monarquía, dan testimonio de esta propensión. Era, pues, natural que á sus trabajos públicos, acompañase algún trabajo subterráneo en la sombra del misterio.

Sea cálculo político, sea que en realidad esperase algo de los jefes del ejército español en el Perú vinculados al liberalismo por juramentos secretos, uno de los trabajos que persiguió con más persistencia, fué un arreglo de paz con los realistas, sobre la base del reconocimiento previo de la inde-

pendencia. En las conferencias confidenciales de Miraflores enunció por la primera vez esta idea, conciliándola con el establecimiento de una monarquía americana. En Punchauca la formuló netamente. Posteriormente, cuando O'Donoghú reconoció el imperio megicano y se entendió con Itúrbide, dirigióse á Canterac, confidencial y oficialmente, invitándole á celebrar un armisticio y tratar sobre las mismas bases. La contestación fué que « los acontecimientos de Nueva España » en nada podían influir para aceptar condiciones contrarias » á la determinación de la nación española, en una contienda » que las armas debían decidir, desde que no se había aceptado someterla á la decisión del gobierno español » (21). Con motivo de la terminación de la guerra de Quito, que coincidió con una nueva resolución de las Cortes españolas para tratar con los gobiernos de América, renovó su tentativa, dirigiéndose al virrey La Serna. « El dominio español en América está » limitado á las provincias que ocupan sus armas en el Perú. » La España no puede ni quiere ya hacer la guerra á los americanos ». Las proposiciones fueron: que el ejército realista en nombre de la nación española reconociese la independencia del Perú, ofreciendo á los españoles el reconocimiento de la deuda al tiempo de la ocupación de Lima, y algunas ventajas comerciales; una amnistía general con la devolución recíproca de bienes confiscados, y pago del armamento de los realistas por su justo valor, á cuyo efecto se estipularía un armisticio por sesenta días, nombrándose comisionados por ambas partes que ajustasen un tratado sobre estas bases, bajo la garantía del congreso constituyente peruano que iba á reunirse. La contestación de La Serna fué la misma de Canterac: « Aun cuando se suponga ser un bien la independencia para el

(21) Carta y oficio de San Martín á Canterac de 11 de diciembre de 1821 y contestación oficial y confidencial de éste de 20 de diciembre de 1821. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXI.)